MALDITA GUERRA

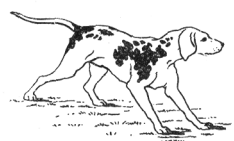
En, una solitaria encrucijada
Un noble anciano descansaba
La recia pesadumbre de los años
Que allá los aledaños
De setenta le andaba;
Su calva, veneranda testa,
Antes fuerte y enhiesta,
Hacia la tierra inclina
Y en la senil mirada,
Por el dolor nublada,
Profunda pena se adivina;
Entre los labios secos,
Movidos por dolientes ecos,
Tremola una plegaria
Como salmodia funeraria
De su agostada vida;
Todo en redor a festejar convida
La alegre primavera
Del Mayo juvenil hada hechicera;
Arboles, aves, y el susurro blando
Del arroyo que baja serpeando;
Alegre y bullicioso
Pasa el locuelo
Regando fértil el sediento suelo
Hasta morir en río caudaloso;
En vano ensayan las parleras aves
Tiernas endechas,, voz desusamores;
En vano esparcen las rientes flores
Aromas gratos, odorantes, suaves,
Y el arroyuelo travieso
Corre con loco albedrio

A estampar su fresco beso
En la corriente del río;
Todo es en vano
Para animar al infeliz anciano;
Fijo el mirar en la verdosa tierra
Refleja en su pupila una palabra: Guerra.

La activa Parca
Que con dolosa maña
Esgrime la guadana
Que de la vida el término demarca,
Holló con planta impía
El nido donde él guardado había
Sus más caros amores;
Nido feliz donde por vez primera
La luz del astro providente viera;
Donde sin fieros sinsabores
Que amargan su vivir menguado,
Gozo la dicha que al humano es dada
Para premio creada
Del probo y del honrado.

Un día, ¡oh, maldito sea,
Y otro como él, jamás el mundo vea!
En que la roja estrella
Marchaba majestuosa y bella,
Derramando a raudales
De su oro los caudales,
Nublóse de repente el astro bello
Al tiempo mismo en que un horrible grito
Del planeta partió, y al infinito
Subió empañando el sideral destello;
Grito salvaje que pregona guerra,
Vesánico rugir, cínico insulto,
Reto malvado que con gesto estulto
Al cielo lanza la demente tierra;
De pronto el eco estalla tremebundo
Saliendo de mil bocas infernales,
Fulgura el rayo luz de sus fanales
Y movido en furor trepida el mundo.

El noble anciano en su cabaña,
Que de la paz risueño iris baña,
Hablaba bendiciendo
La dicha que gozaba,
Por el amor colmada
De aquellos que en redor le están oyendo,
Vástagos dignos de su tronco fuerte,
Sin advertir que a la traidora muerte
En acecho tenia
Y entre el fragor del rayo hacia él venía
.....
El huracán pasó, de la cabaña,
Pedazos esparcidos por el suelo
Dejo el titán con su furiosa saña
Y presa de terror al pobre abuelo.
Viendo con ojos locos, espantados,
Yacer sin vida a su familia amada
En medio de los restos mutilados
De la que fuera su feliz morada.

Colo en el mundo, sin hogar ni prole,
El mísero quedó en la encrucijada,
Atento al rayo que feroz inmole
Su vieja vida, de dolor gastada,
Fijo el mirar en la grosera tierra
Y murmurando siempre: ¡Oh, maldita guerra!

JOSÉ ELIZONDO